

LINGÜÍSTICA Y ARQUEOLOGIA SOBRE LOS PUEBLOS PRIMITIVOS DE ESPAÑA

A los que, situados en el campo de la lingüística, nos preocupan en toda su complejidad los problemas de la prehistoria de España, parécenos demasiado desesperada la afirmación de Meillet (*Linguistique historique et linguistique générale* II p. 89): "il est matériellement impossible d' établir un lien entre les faits de langue et les principales questions qu' étudent les anthropologues". Pues es el hecho que ciertas circunstancias que empezamos a aislar en los dispersos y difíciles testimonios lingüísticos de la España antigua orientan de luminoso modo las especulaciones que han ocupado a prehistoriadores y antropólogos. Aunque con toda clase de reservas sobre la identificación de "pueblo", "raza" y lengua (1), no cabe duda que si llegáramos a confirmar los indicios que provisionalmente nos permiten señalar el camitismo del ibero (2) tendríamos mucho adelantado sobre el complejo de cultura, raza y origen de aquel pueblo. Recíprocamente, la supervivencia con fuerte vitalidad en otras zonas de la Península, de elementos que aparecen en el vasco actual, nos ilustra sobre las raíces mismas de los pueblos que hoy perduran en la misma. A pesar de la autoridad de la crítica de Meillet en su aludido artículo,

(1) Véase a este respecto el capítulo VIII de la obra *Cuestiones fundamentales de Antropología cultural* Buenos Aires, Lautaro, 1947, escrita por el gran americanista Franz Boas, recientemente desaparecido. Otra bibliografía sobre el tema, Bartoli *Saggi di linguistica spaziale*, Turín, 1945, p. 230 n. 45.

(2) Cf. mi estudio sobre el ibero *eban* "piedra" (como en camita y semita) en el *Boletín de la R. Academia Española* XXV 1946 p. 38 ss. y sobre el elemento posesivo en ibero y vasco en el *Boletín de la R. Sociedad Vascongada de Amigos del País* II 1946 p. 51 ss. y 150.

que significativamente se titula "Linguistique et anthropologie", es evidente que entre el complejo de "raza", "tipo cultural", "pueblo", en muchos casos (y esto es más frecuente cuando se trata de pueblos antiguos), la lengua es precisamente el elemento más significativo y claro. Frente a las confusiones de la craneometría, lo desconcertante del análisis de los tipos culturales o las vacilaciones o insuficiencias de los estratos arqueológicos, la atribución de las lenguas a sus familias o grupos, apuntando ya a uno de los puntos cardinales, como si dijéramos, es cosa precisa, clara y real.

¿Qué nos dice el examen de los hechos que recoge la antropología y la prehistoria de la Península? Demasiado y demasiado poco. Nos encontramos con continuas referencias a Europa y al Africa, de las que cabe esperar lo todo. Por otra parte, las conexiones que se señalan para el vascuence aún nos llevan más lejos (3). Basándonos en el examen de una serie de publicaciones recientes sobre prehistoria y etnología de España, (4) vamos a buscar los fundamentos de los pueblos de la Península, es decir, de dónde cabe esperar que procedan sus lenguas primitivas. No aspiramos a lograr un trabajo completo, ni a entrar tampoco en el estudio de monografías menores, que

(3) Sobre el tema, R. Lafon "L'état actuel du problème des origines de la langue basque" en publicación en la revista *Gernika*, habiendo aparecido dos partes pp. 35-47 y 151-163 del tomo I 1947; también C. C. Uhlenbeck "Affinités prouvées et présumées de la langue basque" en la misma revista p. 171 ss. (antes en las actas de la Academia de Amsterdam). Sin conocimiento aún de estos trabajos de conjunto, intenté por mi parte una síntesis sobre lo aparecido (y llegado a mi noticia) en los últimos doce años, en una conferencia dada en San Sebastián en setiembre de 1947, y que ha aparecido en el tomo IV del *Bol. de la R. Soc. Vascongada* citado.

(4) Considérense estas páginas casi como una nueva enseña bibliográfica de las obras siguientes:

M. Almagro *Introducción a la Arqueología. Las culturas prehistóricas europeas*, Barcelona, Apolo, 1941.

H. Obermaier - A. García Bellido *El hombre prehistórico y los orígenes de la humanidad* 2ª edic., Madrid, Revista de Occidente, 1941. Hay una 3ª edic. de 1944 que no cambia sustancialmente nada.

De Gómez-Moreno utilizó las galeradas de una obra donde recopila importantes trabajos suyos, publicados o inéditos. En general se

dejamos a los especialistas. Pero nos creemos en el deber de enterarnos de lo que sucede en el cuarto de al lado.

Entramos, pues, en una ingrata labor de síntesis, a la que todos tendrán algo que objetar, antropólogos, prehistoriadores y etnólogos, pues la ciencia moderna ha aprendido mucho en cuanto a cautela y no comprometerse. Sin embargo un afán —o sueño— de claridad y de lograr unas bases firmes, nos obliga a ello. Los lingüistas son los que tal vez tendrían menos que oponer, si sintieran la preocupación por buscar —aun con todas las reservas posibles— los fundamentos antropológicos e históricos —o prehistóricos— para la distribución de las lenguas. Pues en conjunto, esta labor de síntesis y de relación está bastante más atrasada que los logros de cada rama particular.

Afrontamos, pues, las sonrisas de los especialistas en arqueología y antropología, porque creo que este prematuro esfuerzo por comprender los fundamentos de la cuestión lingüística, no faltará quien lo agradezca.

mantiene fiel a su síntesis en *La novela de España*. Madrid. 1928. En bien de puntos los más recientes descubrimientos le han dado la razón.

Luis Pericot, *Historia de España I*, épocas primitiva y romana, 2ª ed., Barcelona, Instituto Gallach, 1942.

A. Schulten "Los Tirsenos en España" *Ampurias* II 1940 p. 33 ss. (*Klio* 33-1940), idem. *Los cántabros y astures y sus guerras con Roma*, Madrid, Espasa-Calpe, 1943. *Tartessos*, 2ª ed., Madrid, Espasa-Calpe, 1945.

P. Bosch-Gimpera (*El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España*), México, Imprenta Universitaria, 1944.

J. Martínez Santa-Olalla *Esquema paleontológico de la Península Ibérica*, 2ª ed., Madrid, 1946 (cito por la edición primera, cuyo texto se conserva inalterado en esta, y que apareció como artículo en la *Corona de Estudios* que la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria dedica a sus mártires, Madrid, 1941, I p. 141 ss.

J. Caro Baroja *Los pueblos de España* Barcelona, Editorial Laye, 1946.

R. Menéndez Pidal *Historia de España* tomo I, vol. I, Madrid, Espasa-Calpe, 1947 (nos referimos a esta obra con la abreviatura *HE*, y nos basamos en los capítulos: "Antropología" de L. de Hoyos Sáinz, "Paleolítico" de M. Almagro. "Neoneolítico" de A. del Castillo. "Bronce de las Baleares" de J. Maluquer de Motes, "Bronce" de J. de M. Carriazo).

Este honrado esfuerzo no aspira por lo demás a ser una síntesis de prehistoria española, pues ésta queda aquí incompleta, y mi conocimiento del tema es libresco puramente y parcial; antes bien, se trata de una colección de pasajes de bibliografía reciente que pueden referirse a los orígenes de los pueblos hispánicos y a sus conexiones exteriores. Africa de una parte, Europa de otra, son los dos términos fundamentales de referencia. Bastante vagos por de pronto, y no suficientemente significativos para el lingüista, pues ¿quién se atrevería a señalar caracteres a las lenguas europeas en el paleolítico superior? ¿Qué sería lo africano del norte en las remotas edades precámbricas? Los siglos, los milenios sin escritura, favorecerían el cambio y la evolución de las lenguas. Pero la estabilidad de las lenguas, aun no escritas, puede ser grande, y éste es el caso en los dos milenios largos a que podemos remontarnos en el vasco y en el bereber. Cabe imaginar que castas aristocráticas y sacerdotales conservarían durante milenios la lengua, y conocido es el hecho de que hay lenguas que tienen ritmo lento de evolución. Claro que esta cuestión de la velocidad de evolución de las diferentes lenguas, sería una complicada cuestión previa de método, en la que no podemos aquí entrar.

Para la síntesis que vamos a intentar, si entramos en demasiados escrúpulos, sabemos demasiado poco todavía. El afán científico de reducir a unidad, puede conducir a confundir las cosas. Las construcciones de los arqueólogos —y no digamos de los etnólogos— penden de hilos demasiado sutiles, que acaso un nuevo descubrimiento, o un estudio renovado desde distinto punto de vista, puede cortar. Muchas veces, pues, nos limitaremos a hacer preguntas, esas indiscretas preguntas del no especialista, que se evitan con sobreentendidos por los iniciados.

I.

LAS MAS REMOTAS EDADES

Para el problema que como lingüistas nos interesa, el de los orígenes de los pueblos pobladores de la Península con vistas a precisar el entronque de las lenguas de Hispania en los

albores de la historia, desde el principio se nos ofrece la mayor dificultad. Los prehistoriadores no se deciden en muchas cuestiones de la mayor importancia para orientarnos, o se contradicen todavía totalmente y sin posible conciliación.

Después de la remotísima etapa terciaria de Otta (a la que Bosch *Form.* p. 27 aún se refiere, pero que Almagro *Intr.* p. 18 y L. de Hoyos *HE* p. 118 siguiendo Mendes Corrêa dan por no válida y Obermaier - García Bellido silencian simplemente) no aparecen huellas de vida humana en la Península hasta el chelense o abbevillense, donde en Torralba (Bosch, *loc. cit.*, Obermaier-Bellido p. 44, Santa-Olalla *Esquema* p. 145, quien llama a este período isidrense medio o II, Almagro *HE* p. 269 que considera acheulense esta estación) hallamos, como en otras estaciones semejantes, Lisboa, Arronches, etc., a gentes africanas que llegarían por el estrecho de Gibraltar, aún sin romper durante el abbevillense (primer interglaciar).

Los tipos antropológicos más antiguos que hasta ahora se han descubierto en la Península son de Neanderthal, "del período musteriense del Paleolítico inferior" (Hoyos *HE* p. 78) : se trata de la famosa mandíbula de Bañolas y los no menos conocidos cráneos de Gibraltar. Plantearse la cuestión de origen de estas gentes, apenas tiene sentido para nosotros. La distancia de miles de años, la indudable rareza con que se presentaba la especie humana, errante en espacios inmensos, el nomadismo, antes de toda vocación sedentaria y sin adaptar a un ambiente determinado: todo ello hace que no nos interese desde el punto de vista lingüístico la procedencia de estos remotos antepasados, pues el problema de un poblamiento de la Península en el que ya no haya habido una solución de continuidad, dista de estar despejado por los prehistoriadores y etnólogos. Hoyos *HE* p. 148 y 181 prudentemente se conforma con establecer la continuidad a partir del paleolítico superior, como por su parte Pericot *H^a* p. 106, y también M. Almagro se declara muy escéptico sobre esta continuidad, al menos para las etapas más remotas (*HE* p. 284). Más confiadamente, Bosch *Form.* p. 42 escribe, llevándonos a lejanías completamente inasequibles al lingüista: "sin duda la población del paleolítico

inferior hubo de subsistir, por lo menos en parte, y es un elemento no negligible para la composición étnica de España" (5).

Sin embargo, queden o no rastros de aquellos humanos, su identificación aparece siempre difícil y discutida. Pasando ya al paleolítico superior, donde aparecen gentes nuevas, tal vez asiáticos (Obermaier-Bellido p. 63, Almagro *Intr.* p. 67) que penetran en la Europa Central y se llaman de Cromagnon. Leeamos en Almagro *HE* p. 307, (cf. *idem Intr.* p. 114) que los pobladores del Mediterráneo en el auriñaciense "pudieron llegar desde Europa, desde el Norte de Africa, o desde ambos lados, entrecruzándose. El arte y los resultados antropológicos nos hacen pensar en un origen africano; pero la arqueología muestra un cuadro más complejo". A juzgar por el que presenta Bosch —*Form.* p. 32 ss.— basándose en Miss Garrod y Breuil, parece que los auriñacienses llegan de Europa, y en el mismo sentido Santa-Olalla *Esq.* p. 148.

Más discutida es la procedencia de las gentes solutrenses. El área originaria de su cultura parece ser Francia o España. Y para Almagro *HE* p. 314 s., "todo parece indicar que los solutrenses son gentes africanas que llegaron a Europa por causas aún imprecisas, mezclándose con los auriñacienses y concretamente en España, con los perigordenses. Perduran más o menos según las comarcas, retirándose de nuevo, al parecer, por influjo del último reflujo glacial, que empujó hacia el sur, aunque por poco tiempo, a los magdalenenses". También Pericot *Hª* p. 99 se inclina resueltamente por el africanismo del solutrense.

Esta cultura es la que se muestra pujante en las terrazas paleolíticas del Manzanares, sentando en Madrid mismo un hito que podría ser de africanismo, si bien (Bosch *Form.* p. 35, Santa-Olalla *Esq.* p. 149) parece descartado el origen africano, y podría pensarse en un desarrollo autónomo hispánico en el martritense III, lo que "explicaría la riqueza y variedad excepcional del solutrense español" (Santa Olalla *loc. cit.*). En todo caso, el

(5) Atribúyase a esta supervivencia el que ciertos antropólogos, como Jacques, el colaborador de Siret, pretendan reconocer "en algunos cráneos largos del Argar las facies neanderthaloides de La Chapelle-aux-Saints" (cit. por Hoyos *HE* p. 189).

problema para un lingüista no es decisivo ni mucho menos, pues más que de una población estable se trata todavía de “fuerzas bandas”, errantes en amplios espacios, y que no ocuparon durante largo tiempo el país (Almagro *HE* p. 379).

En cambio, el siguiente período, magdaleniense, empieza quizá a interesarnos justificadamente. Los prehistoriadores parecen estar de acuerdo sobre su origen nórdico. “Hoy —dice Almagro *HE*. p. 324— está generalmente admitido que el magdaleniense vino de la Europa oriental, o tal vez del fondo de Siberia”. Los caminos de su invasión pueden rastrearse, y preludian ya los itinerarios de todas las invasiones nórdicas en nuestra Península. “A base de los hallazgos que poseemos en España (Almagro *HE*, p. 325 ss.) parece poderse deducir que en sus primitivos tiempos penetró por el Levante, a través de los pasos del Pirineo oriental, para retirarse cuando otra rama de emigrantes se infiltraba por los Pirineos occidentales, corriéndose por toda la región cantábrica y bajando por la meseta hasta llegar a Portugal”.

Estas oleadas magdalenienses, penetran al parecer en sus formas más antiguas y menos fuertes en la zona de Levante (Cueva del Parpalló, en Gandía) ⁽⁶⁾. Más tarde, pero con mayor fuerza e intensidad, entran por la parte occidental del Pirineo. Mientras que en la Cueva del Parpalló se señalan los cuatro niveles magdalenienses, en la zona del Cantábrico, de tan amplio desarrollo artístico y cultural en aquella época, y evidentemente ya de gran densidad de población —y hagamos notar la trascendencia lingüística del hecho, ya que una población estabilizada y densa, y en zonas montañosas apartadas, es difícil que cambie de lengua—, sólo tenemos muestras a partir del magdaleniense III (Almagro *HE* p. 327). Sin duda a algo de esto alude Hawkes *Prehistoric Foundations of Europe*, Londres 1940 p. 368 cuando vagamente cita las raíces paleolíticas de los vascos. Evidentemente, para un lingüista el hecho es inaudito, mas por su parte, los antropólogos apenas parecen más

(6) Que Pericot ha publicado (*La Cueva del Parpalló* Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1942) de manera magistral.

modestos. Aranzadi (cit. en Pericot *Hª* p. 169), se conformaba con retrotraer los caracteres antropológicos del pueblo vasco a la época de los megalitos, pero hoy ya asciende hasta el azi-liense (7). Se comprende, pues que no falten quienes pretenden señalar en el magdalenense los orígenes más remotos del vasco, así Fouché *Emerita* Supl. al tomo V, 1943, p. 29, Bosch *Form.* p. 83 (8).

La trascendencia de la cuestión es inmensa, pues éste sería el único caso en que se afirmara tajantemente algo de una lengua con referencia a edades tan remotas. El decidirse en algún sentido en este punto tiene, pues, un valor general incuestionable. Dando por insegura la indicación de Fouché, que él por lo demás hace de paso, y sin plantear íntegramente el problema en toda su trascendencia, nos limitaremos a señalar que si por una parte los arqueólogos señalan el origen ártico, siberiano, casi "esquimal y lapón" (Obermaier-Bellido p. 66), de los magdalenenses, y su retirada en persecución de la fauna ártica hacia las zonas más septentrionales del viejo continente, (Castillo *HE* p. 492), por otra los lingüistas (9) empiezan a señalar coincidencias entre el vasco y la lengua chúkchica

(7) Cf. R. Lafon *Gernika* I u. 35.

(8) "La cultura pirenaica [tema que hemos de discutir más tarde], debió formarse sobre un "substratum" muy primitivo que se halla en la misma base de la propia lengua euzkera y que representan acaso nombres de lugar a lo largo de todo el macizo cántabro-pirenaico y que, en Cataluña, extienden una toponomástica peculiar de tipo monosilábico (Quer "piedra", Alp, Urtg, Das) y se desarrolla en el eneolítico, después de la larga época de embrocamiento marginal que representa el Asturiense mesolítico, bajo la influencia de las culturas vecinas".

(9) Karl Bounda *Beitrage zur kaukasischen und sibirischen Sprachwissenschaft*, 4 *Das Tschuktschische*, Leipzig 1941. Por otra parte, E. Lewy *Transactions of the Philological Society* 1943 p. 12 ha señalado la coincidencia del chúkchee-coriaco-kamchadal con el caucásico "by the incorporation of a nominal object —not only of pronominal elements— into the verbal forms, and the differentiation of transitive and intransitive verbs"; según la concepción de este autor, vasco, caucásico, burushaski (Pamir), dravidico, loti (montañas de la China meridional, lengua desconocida), yukagir (hacia el Kolyma), chúkchee, coriaco y kamchadal, esquimal, giliaco (en Sakhalin y el bajo Amur), ainu, ket (en el Ienissei), son restos anteriores a la expansión de indoeuropeos, uralo-altaicos, semitas e indochinos en todo el viejo continente euroasiático.

(*Tschuktschische*) de Kamchatka. Un lingüista de la autoridad de C. C. Uhlenbeck (*Gernika* I p. 176-180, v. R. Lafon en la misma revista, p. 159 s.), al hacer la crítica de este intento, nada benévola por cierto, reconoce a la orientación abierta por Bounda “une chance de jouer, dans les prochaines années un rôle dans les études comparatives des langues”. Y reclamando un examen más detenido de esta cuestión espinosa, extiende la hipótesis en favor de que las comparaciones entre el vasco y el grupo chúkchico se relacionen con el caucásico, “d’autant plus que, dans sa structure morphologique et syntaxique, le tschouktchéen ne rapelle pas seulement le basque, mais également les langues du Caucase”.

Mas, dejemos aquí el problema apuntado, en toda su sobrecogedora profundidad en los siglos, y dejemos expuesta en toda su crudeza la crisis que él representa para la lingüística “rigurosa” que se usa en los dominios del comparativismo canónico. Más abajo volveremos sobre la cuestión de los orígenes del vasco.

Indudable es que el paleolítico superior tal como nos es expuesto por los arqueólogos nos permite señalar orientación. Tal vez en alguno de los autores españoles recientes se acentúa demasiado el exclusivismo europeo para el paleolítico superior de la Península; así ocurre en Almagro *HE* p. 331, quien afirma: “apenas sabemos nada seguro que nos una al Africa del Norte” (cf. *idem. Intr.* p. 124); Santa Olalla insiste una y otra vez en el “hundimiento del mito africano” (*Esq.* p. 142) y Caro *Los pueblos de España* p. 60 es en exceso crítico, habiéndose mitigado más tarde su criticismo. Pericot *H^a* p. 75, 102, con toda su autoridad de excavador de la Cueva del Parpalló, sostiene que “durante todo el paleolítico superior, la Península fué zona de contacto y de mutuas influencias entre dos focos culturales, uno europeo occidental, y otro africano”, y subraya la constante africana en el solutrense y auriñaciense levantinos, así como la presencia de elementos africanos en las cuevas de la Pileta y Parpalló, cuya atribución al magdaleniense sin más ni más no le parece admisible. En pleno Magdaleniense III del Parpalló, señala el propio investigador (*H^a* p. 100) elementos “que es difícil no derivar del norte de Africa”.

II.

ENTRE EL PALEOLITICO Y EL NEOLITICO

En realidad, los prehistoriadores no se han puesto de acuerdo acerca del problema de la cronología relativa de las culturas norteafricanas dentro del cuadro general de la prehistoria. Esto embrolla y hasta complica con pasiones y criterios personales, muchos problemas de la prehistoria y etnología de nuestra Península.

Almagro *HE* p. 389 supone que a los períodos auriñaciense, solutrense y magdaleniense corresponden cronológicamente las culturas capsiese, esbaikiense y ateriense en Africa menor y Sahara. Afirma además que los portadores de estas culturas son orientales, que llegan “desde el Asia menor”. Las ideas de Pericot son más sutiles, y establece por una parte (*Hº* p. 73) que el solutrense es contemporáneo del esbaikiense; éste, junto con el ateriense, son “culturas retrasadas que subsisten en ciertas regiones del Africa menor, cuando ya ha llegado allí la gran corriente de remoto origen auriñaciense venida del este, que trae los gérmenes del capsiese” (*La cueva del Parpalló* p. 313). Por su parte Bosch *Form.* p. 42 s. señala un largo proceso: “infiltraciones africanas, comenzadas a fines del paleolítico inferior, llevaron elementos saharienses, [es decir, “capsieses”, en la terminología de este autor], con el esbaikiense y el ateriense, a matizar las gentes de la meseta central y acaso el sur y sureste de España”. De “pura invención” califica Santa-Olalla *Esq.* p. 142 al capsiese. Desde luego bajo este término, según los autores, se entienden cosas diferentes y esto explica la perplejidad en que quedamos.

Todo esto quiere decir (y aún hemos de ver las confusiones que de esta inseguridad resultan) que se sabe bastante menos de lo necesario sobre la prehistoria remota de Africa del Norte para decidir en cuestiones referentes a nuestra Península (10). Bosch parece que en su *Formación* llama capsiese a

(10) Véase la crisis del concepto “capsiese”, recogida por M. Almagro *Intr.* p. 106 ss. y 205 ss., idem *HE* p. 393 ss., Pericot *La cueva del Parpalló* p. 308 ss. con referencias de los trabajos de Vaufray y Ruhlmann.

otra cosa que los demás, y en todo caso, sin entrar en cosa tan ajena a nuestra competencia como resolver en cuestión donde los especialistas no se han puesto de acuerdo, lo que a grandes rasgos parece que hoy se hace es retardar las influencias africanas en España, relegándolas en sus aspectos más visibles e importantes al neolítico, si bien Pericot *H^o* p. 75, en posición ecléctica, retrasa el capsense hasta el paleolítico avanzado y final, y así “se comprende la posibilidad de que haya llegado a nuestro país durante el magdaleniense”, si bien, por otra parte el auriniense levantino y meridional de nuestra Península tiene cierto parecido con el capsense (Pericot *H^o* p. 73).

Evidentemente, lo que sí es seguro es la relación entre España y Africa en los tiempos finales del paleolítico y desde luego en las épocas siguientes. Almagro afirma, con referencia al mesolítico, *HE* p. 419: “No nos parece posible negar las relaciones de Africa con España en esta época”, en la cual pueblos cazadores nos dejan sus huellas en las industrias microlíticas del Hoyo de la Mina (Málaga) o en Mugem (bajo Tajo). El contacto de España con Africa iría haciéndose cada vez más claro “hasta desembocar en la analogía que representan conjuntos como los del neolítico inicial español o cultura de Almería y el neolítico de tradición capsense africano” (id. p. 422).

Confesamos que es difícil hacerse idea de la cronología de estas relaciones ya firmes e ininterrumpidas entre la Península y el Africa. También su alcance geográfico es discutido. Castiño *C^a* p. 493 hace de filiación capsense hasta el tarde-noisiense que caracteriza el período epipaleolítico de Francia, Inglaterra, Bélgica y Alemania, suponiendo que la cultura capsense avanza hacia el norte, “aprovechando la retirada y pobreza de los descendientes de los paleolíticos europeos, que desarrollarían las mencionadas culturas aziliense y maglemosienne”. Pericot *H^o* p. 106 llega a considerar elementos capsenses en el aziliense, y Almagro *H^o* p. 407 da por bueno que el mismo aziliense tiene origen africano.

Parece, sin embargo, que debe aceptarse la tesis de que España no estuvo geográficamente dividida en dos culturas coetáneas, una al norte magdaleniense y otra en Levante capsense, según la concepción clásica que leemos en Bosch *Form.*

p. 37 ss., Obermaier-Bellido p. 91 (quienes en otro lugar reconocen la continuidad hasta lo esquemático, p. 178), sino que por el contrario, las pinturas rupestres de Levante (cuya fecha ha sido durante lustros verdadero caballo de batalla para los arqueólogos) son mucho más modernas (Caro *Los pueblos de España* p. 28). Ahora bien, los almerienses, saharienses de origen, y por consiguiente portadores de influencias africanas de las tradicionalmente consideradas capsienes, parecen precedidos por los portadores de ciertas puntas paleolíticas del Parpalló (Pericot *Hª* p. 190, *La cueva del Parpalló*, p. 319). En el fondo la discriminación y cronología de las culturas nor-teafricanas no está aún definitivamente afianzada, y de ello se resiente el estudio de toda esta crítica época en nuestra Península.

En toda la costa cantábrica y desde el norte mismo de Portugal, florece en la oscura época postpaleolítica un tipo cultural pobre, heredero en época muy dura de las gentes magdalenienses, el asturiense, de tosca industria, en relación con otras regiones de la Europa atlántica. “No es imposible —dice Castillo *HE* p. 570, cf. 635 s.— que entre el Occidente peninsular y Bretaña existiese cierta comunidad racial que, derivada de los tiempos paleolíticos, fuese intensificada en los postpaleolíticos”. Bosch *Form.* p. 47 insiste en este paralelo mesolítico del asturiense con Bretaña e Irlanda. El parentesco del asturiense de los kjökkenmøddinger de toda la Europa atlántica es indudable.

Lo asturiense representa algo europeo, lo que es una orientación sobre una de las raíces del vasco, puesto que hay muestras de aquella cultura en Santimamiñe y en Biarritz (Bosch *Form.* p. 47; Pericot *Hª* p. 103 refiere la primera al tardenoisense).

Si procuramos resumir la exposición de Hoyos Sáinz acerca de la antropología, nos hallamos (*HE* p. 98) con un primer período que llama de “creación o estabilización de las razas”, señala luego una segunda etapa de invasiones y distinción de los pueblos (que creemos comenzaría en el final del paleolítico superior, y aún antes si nos atrevemos a señalar la relación entre el magdaleniense y el vasco), y por último, ya en

los umbrales de la historia, se fijan las tribus. El problema para los antropólogos está no sólo en considerar las invasiones del segundo período, que se coronan con la creación de las dos razas contrapuestas de iberos y celtas, sino en “retrotraer hacia atrás y ampliando el sentido de las que constituyen las invasiones históricas”.

Evidentemente que en el paleolítico superior y en el mesolítico “los grupos humanos españoles debían ser muy poco homogéneos desde un punto de vista racial, y tendrían sin duda caracteres muy fluctuantes e imprecisos. Sobre esta base, en los tiempos siguientes neo-eneolíticos, al crecer y arraigar en sus territorios los antiguos grupos mesolíticos, con el desarrollo de la agricultura y la ocupación de las zonas desérticas, fueron constituyéndose y organizándose los grupos fundamentales de los pueblos indígenas de España, así como fijándose sus caracteres” (Bosch *Form.* p. 51). Las raíces de la homogeneidad que, según Hoyos *HE* p. 111, hace de nuestra Península un todo antropológicamente más compacto que la mayoría de los países europeos, están ya en épocas inmediatas a las que acabamos de tratar. El carácter sintetizador de ambas mesetas centrales parece encontrarlo Hoyos *HE* p. 155 ya en la “protoneolítica” (id. p. 169), o más bien neoneolítica (Castillo *HE* p. 515), Cueva de la Solana, término de Encinas (Segovia), donde predomina el tipo mesocéfalo de Cro-Magnon, pero con elementos al lado que se acusan como “libio-ibéricos”, variedad del Cro-Magnon, según el propio Hoyos (*HE* p. 179), que otras veces la llama “iberoide” (*ibid.* p. 180 y 156). En cuanto al tipo “libioibérico”, Hoyos (p. 160) siguiendo a Prichard lo considera representativo de los “aborígenes de las costas e islas mediterráneas que, vecinos o entrecruzados, ocupaban dichas zonas en el Mediterráneo occidental”.

La contraposición de un tipo “europeo” en las zonas del norte de la Península, y otro “africano” en Levante y la mitad meridional, incluso el bajo Tajo, parece un hecho seguro, si no para las épocas más remotas, sí al menos para la época mesolítica y epipaleolítica, como señala Mendes Corrêa cit. por Hoyos *HE* p. 166 y por Obermaier-Bellido p. 109. Véase sin embargo la cautela con que acerca del cráneo magdalenense del

Parpalló habla el antropólogo Alcobé en Pericot *La cueva del Parpalló* p. 274.

Rechazada, pues, parece que con fundamento, la tesis de que el capsense ocupara contemporáneamente con el magdaleniense toda la España no cantábrica, si bien haya que admitir que elementos africanos matizan desde muy antiguo las zonas del sur y levante de la Península, desde luego queda la cultura microlítica levantina considerada (Almagro *HE* p. 440) como sincrónica del aziliense y del asturiense. El problema del origen de esta cultura levantina, cuyas características perduran durante el neolítico y el eneolítico (Castillo *HE* p. 502, algo reservado aún p. 492, Santa-Olalla *Esq.* p. 150) no lo resuelve tajantemente Almagro, quien piensa que en los oscuros milenios que van desde el magdaleniense hasta el florecimiento de las culturas neolíticas, tal vez habían habitado el interior de la Península los pueblos que llegaron más tarde a crear el arte "expresionista" o "post-naturalista" levantino. Almagro es decidido partidario de las teorías españolas (E. Hernández Pacheco, Gómez-Moreno) que consideran este arte, también llamado "esquemático" (que es en lo que al cabo parece que él mismo se convierte) por contraposición al arte de Altamira, cosa separada por largo curso de tiempo del magdaleniense (*HE* p. 480 ss.), lo cual hoy se admite generalmente.

Es curioso que el área de las pinturas levantinas (Cogul, Alpera, Morella, hasta Albarracín, donde M. Almagro ha hecho importantes descubrimientos) prefigure ya una zona que en la historia se nos aparece como bien caracterizada, y que desde muchos milenios antes vemos forma unidad cultural que abarca las provincias de Levante, la Cataluña nueva, con prolongaciones hacia las mesetas por Teruel y Albacete.

Aparte de la herencia del magdaleniense que persista en este arte (y un enlace serían las pinturas de Albarracín según la idea de Almagro); y de la perduración de elementos auriñacienses y solutrenses en el levantino, Pericot *H^a* p. 93 y 97; parece que pueden señalarse relaciones de la mayor importancia con el Mediterráneo oriental, incluso Egipto, en cuyo arte pre-dinástico se encuentran semejanzas, y las primeras culturas de Troya y el Egeo (Almagro *HE* p. 467). También el arte esque-

mático africano señala su influencia sobre el español (*ibid.* p. 484), y el parecido del arte levantino con las pinturas bosquimanas, la remota herencia del cual representan estas, es innegable, como ya señalaron Frobenius y Obermaier (v. Obermaier-Bellido p. 117 s., 122). Lo que está en crisis es la cronología de esta relación, que parece imposible haya de referirse a la época "solutreoesbaikiense", como estimaba Pérez de Barradas (Pericot *Hª* p. 101). Pero la continuación del arte levantino por Africa Menor, Libia, Nubia hasta Rhodesia, es indudable.

La expansión máxima en la Península de esta cultura de las pinturas levantinas llega desde el sur hasta las Batuecas y límite de Portugal con Extremadura, con muestras en Jaen, Cádiz, etc. (Bosch *Form.* p. 46). Castillo llega hasta afirmar (*HE* p. 503) que corresponde a "gentes africanas, dolicocefalas, camitas quizá".

Pero aparte de esta pintura levantina, que se extiende quizá desde el fin del paleolítico hasta muy tarde en la edad del bronce, degenerando en el llamado arte esquemático (muy significativo es que quienes mantienen la cronología alta para la pintura levantina, separen de ella el arte esquemático, así Breuil cit. en Castillo *HE* p. 503), el epipaleolítico español presenta otros problemas.

III.

EL NEOLÍTICO Y LA EDAD DEL COBRE

Es evidente para el neolítico español la continuación en cuanto a medio y población de los elementos que hallamos en el paleolítico final y epipaleolítico (así Castillo *HE* p. 501 siguiendo a Pericot), y por consiguiente, el tipo Cro-Magnon al norte y el dolicocefalo africano mediterráneo (Pericot *Hª* p. 107) se contraponen claramente.

Pero tres son los círculos culturales que se señalan en la Península en el neolítico y eneolítico, sin que demos por desaparecidos súbitamente al asturiense y los cazadores capsieneses y azilienses. En primer lugar, el de Almería, representado típicamente por la estación de El Gárcel, en la que surge como testimonio de los nuevos tiempos la invención de la cerámica,

parece que por primera vez en Europa, y recordando cosas egipcias (Hawkes *Foundations* cit. p. 83 y 128). Esta relación exterior parece que los arqueólogos a veces se resisten a aceptarla referida a un origen preciso. De "corrientes mediterráneas ya en época avanzada" habla Almagro *HE* p. 419; de "influencia progresiva del oriente medio y de Egipto a través del norte de Africa, así como del resto de dicho mar por vía marítima" Santa Olalla *Esq.* p. 151; de "contacto con diversos países mediterráneos" Castillo *HE* p. 523. Bosch Form. p. 71 es resueltamente partidario de un origen sahariano con conexiones con Egipto. Hawkes *ob. cit.* 129 aun admitiendo que Bosch tenga razón en lo sahariense, insiste de nuevo en lo egipcio. La cultura almeriense se propaga hacia el norte, justamente sobre la zona demarcada por las pinturas naturalistas levantinas: Murcia, Levante, el Maestrazgo, el Bajo Aragón, la Cataluña meridional (Almagro *HE* p. 437). Otra vez se acusa la personalidad de la futura Iberia en sentido estricto. Afinidades en el sur de Francia (Almagro *Intr.* p. 202) podrían probar una expansión o influencia de lo almeriense.

Junto a lo almeriense, señalase ocupando todo el centro de la Península desde los comienzos del neolítico, la llamada con un "término vago" (Almagro) "cultura de las cuevas", que para Castillo *HE* p. 506 s. procedería de la supervivencia de las gentes capsenses, "las cuales quedarían arrinconadas, ante la entrada de nuevos pueblos, en las zonas montañosas, en las que desarrollarían la cultura que nos ocupa". La crítica de Vaufrey, más arriba aludida, que compromete la alta cronología atribuida al capsense, le hace a Castillo mantenerse más bien escéptico (*HE* p. 510). En realidad, el origen de la cultura —o culturas plurales— de las cuevas, y de sus continuaciones andaluzas, a que aludiremos más abajo, es la gran incógnita de la prehistoria española, pues precisamente los orígenes antropológicos de las mesetas y Andalucía la Baja y el sustrato lingüístico de las mismas zonas, así como más de uno de los problemas de la lingüística tartesia se ocultan aquí (11).

(11) En la presencia de braquicéfalos en la cultura de las cuevas halla Fouché *Origine* p. 20 ss. fundamentos para una relación vasco-altáica, que necesita antes de ser eliminada una revisión por especialistas.

Los arqueólogos poco pueden decirnos, pues todo el centro de España carece aún de restos de la crítica época que une paleolítico con neolítico (Almagro *HE* p. 420).

En todo caso, y sin comprometernos mucho, podemos aceptar con Castillo *HE* p. 511 que la cultura de las cuevas es "aborigen de la Península, más o menos relacionada con el norte de Africa" (12). Esta indecisión de Castillo obedece sin duda a las crisis por que atraviesa la idea del capsense, pues Bosch ha sostenido (muy claro sobre el asunto *Etnología de la Península Ibérica* Barcelona 1932 p. 38 ss., *Form.* p. 69 ss.; siguen estas ideas Pericot *Hª* p. 188 y Hawkes *ob. cit.* p. 126 s.) que si lo sahariano-oraniense, (camita) se continúa en la cultura de Almería, las cuevas africanas (herederas del capsense), coinciden con las cuevas españolas (Bosch *Form.* p. 52 y 62).

El tercer círculo de cultura en la Península durante el neolítico es el que termina por desarrollarse en la cultura megalítica y tiene su centro en Portugal. La diferenciación racial entre este tercer círculo y el de las cuevas es difícil, pues tanto en una como otra los elementos antropológicos no se diferencian. Se trata, dice Bosch *Form.* p. 52, de población "todavía no constituida definitivamente en su aspecto racial, con sus raíces en el norte de Africa y recogiendo supervivencias del paleolítico superior europeo (en el que a su vez debían recogerse también evoluciones y supervivencias que tienen su raíz en el paleolítico inferior)". En este sentido se define con toda su autoridad el gran antropólogo portugués A. Mendes Corrêa (últimamente en su síntesis *Raizes de Portugal* Lisboa 1944 p. 71 s.), el cual hace arrancar la etnia portuguesa en la cultura de los megalitos, y señala la coincidencia de portu-
gue-

(12) "Trátase de saber —dice Castillo en otro lugar, *HE* p. 592— si este pueblo pastor del Africa menor (de las cuevas), con características semejantes al de la cultura de las cuevas peninsulares, es el mismo que el español". Con otra cultura de cuevas se ha relacionado también la de España: la de las cuevas del sur de Francia y Liguria. ¿Son ellos los famosos ligures históricos? Castillo parece favorable a la identidad o parentesco racial de todas estas culturas de cuevas, *HE* p. 594. Crítica muy justa del concepto de la "cultura de las cuevas" en Caro *Los pueblos de España* p. 42.

ses con valencianos, como prueba del arraigo remoto en la Península de aquella población (*ibid.* p. 96, cf. Pericot *H^a* p. 105).

Con la constitución de estos tres círculos culturales: Almería, las cuevas centrales, que bajo la doble influencia de las dos áreas laterales (y seguro un elemento extraño que aparece de repente) crean la gran cultura del vaso campaniforme, y la cultura portuguesa megalítica, puede decirse que Hispania llega a un momento de fijación. En la época eneolítica, las tres zonas se relacionan estrechamente entre sí "en constante intercambio, influyendo y recogiendo sucesivamente diversos fenómenos forasteros, interfiriéndose por doquier las diversas culturas" (Castillo *HE* p. 531). En este momento, la Península no sólo recibe influencias, sino que a su vez tiene una gran fuerza expansiva.

En el eneolítico se perfecciona la cultura portuguesa megalítica que ocupa Andalucía e incluso penetra destructivamente en la zona almeriense, lo que significa la momentánea paralización de este círculo cultural. También se extiende por toda la zona cantábrica y hasta el país vasco y la zona del extremo oriental de los Pirineos (según Gómez-Moreno *Ensayo inédito de prehistoria* serían reflejo los megalíticos vascos y pirenaicos de los ecos en Bretaña de la cultura megalítica). Lo característico de las gentes que desarrollan la cultura megalítica portuguesa debe ser el que "siendo de una misma procedencia capsiese o tardenoisiense que las gentes de la cultura de las cuevas". (Castillo *HE* p. 565), por otra parte llevan elementos del pueblo de los concheros (Bosch. *Form.* p. 76 y 80, refiriéndose al asturiense). En realidad la cultura megalítica lleva elementos étnicos que arraigan en lo camita (Pericot *H^a* p. 182), como también afirma (pronunciando la comprometida palabra de capsiese) Castillo (pasaje últimamente citado), fundándose en el tipo de culto de los muertos que esta cultura supone.

Estas tres culturas hispánicas del neoneolítico representan ya la fijación de los tipos antropológicos de la Península, aún imprecisos en el mesolítico (Bosch *Form.* p. 51). Tenemos de una parte del braquicéfalo del noroeste (tipos de Belmonte de Asturias, Mondoñedo, Cabuérniga), y el dolicocefalo del este

(Teruel), según Hoyos *HE* p. 105. Y de modo semejante, el cráneo bajo y globuloso del Mondoñedo se opone a la cara larga andaluza, en sus dos variedades de Bujalance y Jerez del Marquesado (id. p. 108). La meseta del Duero acaba por presentar un carácter sintético (Hoyos *HE* p. 109), predominando el tipo dolicoide, cuyo origen estaría en penetraciones aragonesas desde el Ebro subiendo a Burgos, o en derivación del tipo vasco (Aranzadi, cit. en Hoyos *ibid.*). En toda la zona de la sierra, de Carpetania a Celtiberia, los cráneos tienen caracteres de Cro-Magnon (id. p. 110). La meseta meridional presenta contrapuestos dolicocefalos y braquicefalos. Cataluña, caracteres mediterráneos atenuados por elementos braquicefalos, con gran complejidad (cf. Hoyos *HE* p. 210). Galicia también es un complejo racial: braquicefalos predominan en Lugo, como en Asturias, penetraciones de la meseta dan rasgos especiales a Orense, y el litoral atlántico se caracteriza por rasgos dolicocefalos con caracteres nórdicos (Hoyos *HE* p. 110). Negroides se señalan en Andalucía y Portugal, esporádicamente.

El Cro Magnon peninsular, que Hoyos distingue del europeo, parece que persiste "en las regiones del Centro y andaluzas y muy probablemente en las cantábricas" (Hoyos *HE*, p. 192), conservando "las formas paleolíticas anteriores a las intrusiones norteafricanas".

En cuanto a los tipos "mediterráneos" que caracterizan las culturas neolíticas y sus continuadoras hasta la edad del bronce, nos encontramos en grave apuro para atribuirlos a un tronco lingüístico determinado. Si todavía el tipo bereber-camita de Almería y todo el levante posteriormente ibérico puede filiarse ⁽¹³⁾ con una cierta seguridad, el otro tipo "mediterráneo" que se halla en España o Italia, "tipo de formas más redondeadas y facciones más suaves", y llega hasta el extremo

(13) Ya hemos recogido bastantes afirmaciones sobre el camitismo o incluso la procedencia egipcia de los creadores de la cultura neolítica de Almería; añádanse muy explícitos sobre el camitismo de los almerienses, Castillo *HE* p. 582, Bosch *Form.* p. 53. Desconcertante es que antropológicamente Hoyos señala *HE* p. 217, siguiendo al Marqués de Cerralbo, „semitas" en la necrópolis de Montuerga (Soria), de la cultura de las cuevas.

oriental de Africa, y que frente a la dolicocefalia de los primeros ofrece una gran heterogeneidad y no es "una raza unitaria antropológicamente" (Bosch *Form.* p. 73 s.), presenta los más difíciles problemas.

El elemento africano que sin duda aparece en el vasco, y que unos autores señalan ya en épocas muy remotas ⁽¹⁴⁾, mientras que otros se deciden por reducirlo todo al iberismo ⁽¹⁵⁾, indudablemente hay que considerarlo resultado de diferentes capas.

Atreviéndonos, pues, a una síntesis que al menos, para que logre cierta seguridad, necesita ser cotejada con la hasta ahora desconocida prehistoria del Cáucaso, diríamos que si las relaciones siberiano-caucásicas del vasco pueden tener sus raíces en el mismo paleolítico, en el neolítico, y concretamente en los camitas (de los que más tarde vendrán los iberos) de Almería, hay que buscar las capas más viejas del africanismo. En los enigmáticos "mediterráneos" de la cultura de las cuevas es donde pueden buscarse los elementos "mediterráneos".

El vasco resulta, como dice últimamente Uhlenbeck *Lingua* I, p. 61, una especie de superviviente de una capa "compre-
nant encore d'autres langues mortes de l'Europe meridionale", ⁽¹⁶⁾ y esto coincide con la opinión del antropólogo Aranzadi (cit. por Hoyos *HE* p. 218) de que "el vasco no es ningún cuer-

(14) Los portadores de los elementos camíticos del vasco serían (Fouché *Origine* p. 81) los almerienses del neolítico, procedentes de la región del Nilo.

(15) Uhlenbeck *Lingua* I p. 60 s. Muy reservado, R. Lafon *Germanika* I. p. 153 s. Todavía en mi conferencia de San Sebastián yo me inclinaba a la llegada de los camita por el ibérico; ahora, al hablar de varias capas, pienso en una serie de oleadas, desde el "capsiense" que matiza el aziliense, hasta el ibero, sin excluir los almerienses y los argáricos. Y sin definirnos sobre las cuevas.

(16) Problema por demás atrayente es el de determinar la extensión y alcance de estos primitivos sustratos vascos. Parécenos que la afirmación de Uhlenbeck *ibid.* de que "l'onomastique de l'Antiquité nous apprend encore qu' on parlait jadis, dans toute l'Espagne et dans toute l'Aquitaine, a coté d'autres langues, des dialectes basques ou des dialectes étroitement liés au basque", se funda aún en la tradicional teoría de Humboldt en su *Prüfung*. A las lenguas afines que debieron rodear al vasco alude C. Jullian *Histoire de la Gaule* I (4ª ed.) p. 274 s.

po extraño de la Europa occidental". Y la calificación lingüística coincide exactamente con la definición que el arqueólogo Castillo (*HE* p. 662) da para todas las zonas pirenaicas: "Las culturas formadas en las vertientes de los Pirineos han sido siempre culturas de aluvión y supervivencia, más que de extensión". Tenemos aquí una excelente definición del vasco como resto, como área relegada, en la que se conservan las más remotas superposiciones. Esta cualidad es la que no hace del todo absurdo que, sobre una lengua que empieza a sernos conocida apenas en algún nombre de época romana, y sólo a partir de los siglos XI-XII de nuestra era, nos podamos remontar a la lejana prehistoria del paleolítico superior.

Los elementos fundamentales de la etnia peninsular existen ya casi todos en la época posterior al eneolítico. Es más, el desarrollo de las tres grandes culturas apuntadas (Almería, las cuevas y el vaso campaniforme, los megalitos portugueses) representa algo original y de fuerza que traspasa las fronteras de la Península. "Después del eneolítico —escribe Bosch-Gimpera *Form.* p. 101— la población indígena de la Península parece estabilizarse, y no se tiene la impresión de que durante la edad del bronce hayan tenido lugar nuevas inmigraciones ni grandes desplazamientos de los pueblos peninsulares". Con la limitación que luego procuraremos señalar sobre la temprana entrada de indoeuropeos, puede suscribirse plenamente esta tesis del profesor catalán.

Quedan sin embargo muy oscuros varios puntos, y cometeremos la indiscreción de subrayarlos. La imprecisión con que antropólogos y arqueólogos no hablan de los portadores de la gran cultura andaluza del vaso campaniforme envuelve en espesas nubes amplias fases de nuestra prehistoria. La cultura del vaso campaniforme, que se centra en Carmona, se extiende sobre las dos culturas colindantes de Portugal y Almería (en la que crea la fase de Los Millares) y se extiende ampliamente por Europa, hasta Bohemia, Irlanda y Dinamarca, parece que surge súbitamente (Bosch *Etnol.* p. 334), y quizá a consecuencia de la presencia de elementos extraños, que Gómez-Moreno *Novela* p. 394 no vacila en considerar un "agente transmisor de la cultura oriental llegado por mar", y de "Pre-

tartesios" los califica Schulten *Tartessos* p. 31 y 53 (2ª ed. Madrid 1945).

¿Será atribuible a esta expansión europea de las gentes andaluzas de hacia el siglo XX a. d. C. ese sustrato africano que Pokorny ha señalado en el irlandés, como definitivo modificador del indoeuropeísmo originario de un dialecto celta? ¿Inside en la influencia de las cuevas, patente en la arqueología del país vasco, la penetración fundamental de elementos africanos o mediterráneos en el euskera?

Las perspectivas que se abren para este problema son demasiado amplias para resolverlas con los datos existentes, pues sería prematuro identificar ya los braquicéfalos andaluces con los braquicéfalos portadores del vaso campaniforme más allá de los Alpes. Castillo *HE* p. 711 parece más bien inclinado a la primera posibilidad. Bosch *Form.* p. 76, Cf. 66 s. es mucho más reservado, pues cree que los creadores del vaso campaniforme en Andalucía no se mueven de la Península, sino que se trata de una mera propagación cultural.

A un tema tenemos que aludir brevemente aquí, que es el de la existencia de una cultura típica pirenaica, extendida desde el país vasco hasta la Cataluña del Norte, y cuyo teorizador ha sido siempre Bosch-Gimpera (v. últimamente su *Form.* p. 82 ss., v. también Pericot *Hª* p. 160 ss., Almagro *La población pirenaica anterromana* Zaragoza 1945 p. 6). No obstante parece (y esto coincide con el hecho de la toponimia) que las zonas occidentales de Cataluña separan dos zonas distintas. La antropología por su parte niega la unidad pirenaica, pues esta región, escribe justamente Hoyos *HE* p. 210, es "zona siempre de paso y marca en sus diversos sectores". El innegable elemento "pirenaico" (pirenaico occidental en concreto) que hay en la formación de los vascos, con su herencia de las cuevas, su megalitismo etc., es desde luego de lo más oscuro.

IV.

LAS EDADES DEL BRONCE

Ya en la Edad de Bronce, sin que entren elementos nuevos, la cultura almeriense del Argar es la que queda al frente

en la Península, y unifica puede decirse las demás culturas. Lo que nos interesa a nosotros desde el punto de vista lingüístico es el hecho, que Carriazo (*HE* p. 763) afirma rotundamente, de la “evolución *in situ* de la cultura anterior, [es decir, la de Los Millares, o sea, a través de la penetración de la megalítica, la neolítica del Gárcel], sin solución de continuidad”. Dado que esta cultura argárica es la que conforma ya definitivamente la cultura histórica del Levante, y que en cuanto a los elementos meridionales o africanos no se señala ya en lo sucesivo la presencia de ninguno nuevo, tenemos la seguridad de que los iberos históricos encuentran su abolengo en esta vieja e ininterrumpida tradición. Esto es lo sostenido por Gómez-Moreno ya en su *Novela de España* p. 396 s., y ahora se definen en el mismo sentido Bosch *Form.* p. 68 ss. y 149, Pericot *H^a* p. 265.

Fuera de esta seguridad que tenemos acerca de la cultura almeriense y levantina, todo el resto es bastante oscuro, ya que la Edad del Bronce en la Península es insuficientemente conocida y “se trata de una de las épocas más oscuras de nuestra prehistoria” (Pericot *H^a*. p. 214).

No es el menor misterio la existencia de la cultura tartesia, en la que Schulten ha señalado, a nuestro juicio con razón, elementos mediterráneos, más concretamente, asiánicos. Para los lingüistas, los problemas aún apenas dilucidados de las inscripciones tartesias, no por misteriosos y oscuros dejan de plantearse con una orientación determinada. Su posible entronque con la cultura del vaso campaniforme (pretartesios de Schulten, tartesios ya para Gómez-Moreno), y su indudable relación con el mediterráneo oriental, las hace mucho más difíciles que las inscripciones más modernas del Levante ibérico.

También lo que estas tinieblas esconden es, más adelante, la primera penetración de indoeuropeos, fenómeno ya más claro y comprobable para un lingüista educado en los métodos usuales en esta ciencia. Si la cultura argárica camina despacio y retrasada, “la industria del bronce evoluciona ampliamente en el centro, norte y occidente europeo, que a su vez reaccionan sobre la Península y nos envían los productos finales y más perfectos de esa evolución. De esa manera —con-

tinúa escribiendo Carriazo *HE* p. 795—, la solución de continuidad que presenta nuestra edad del bronce obedece, no a un *hiatus*, o a la insuficiencia de conocimiento, sino a una verdadera sustitución de culturas”. También aquí Gómez-Moreno fué el precursor de esta teoría, que hoy arqueólogos y lingüistas, españoles tanto como extranjeros, van reforzando con argumentos invencibles.

Mas todavía en las obras generales sobre prehistoria, en vano se busca luz sobre el problemático final de nuestro bronce (véase, por ejemplo, V. Gordon Childe *The Bronze Age* Cambridge 1930). Desde el punto de vista arqueológico han sido los trabajos de Martín Almagro los que han llamado la atención de los investigadores hacia estos problemas. Sólo Bosch-Gimpera, más alejado de los ambientes europeos, persiste en la vieja ortodoxia de no señalar indoeuropeos en la Península anteriores a los celtas, si bien, por una parte haya remontado la cronología, y por otra ya en su *Etnología* muestra contradicciones. Los demás autores, ya se muestran dispuestos a la revisión de las ideas anteriores y van señalando las coincidencias que ya en la edad de bronce acercan nuestra arqueología a la de todo el occidente de Europa. Pericot, con su discreción habitual, admite (*Hª* p. 250) que “se dejó sentir en España una influencia del *Kerbschnitt* renano con anterioridad al fin de la edad de bronce”. Y por su parte Carriazo *HE* p. 812 señala esta cerámica excisa o *kerbschnitt* como testimonio de la expansión por España de la cultura de los túmulos, que llega a nuestro territorio procedente del sur de Alemania y este de Francia, donde ha vivido toda la edad de bronce, precisamente cuando es desplazada por el movimiento del pueblo de los campos de urnas. Los mapas donde Almagro ha señalado la difusión en España de los hallazgos de cerámica excisa y de espadas de bronce de tipo occidental europeo (*Ampurias* I 1939 p. 141, *Boletín del Seminario de Arqueología* de la Univ. de Valladolid VI 1939/40 p. 52, *Ampurias* II 1940 p. 107-09) acusan el predominio de estos elementos justamente en las zonas de España que por criterios lingüístico-institucionales (huellas de gentilitates y de centurias) he delimitado como plenamente indoeuropeizados en el cit. *Boletín del Semina-*

rio de Arqueología de Valladolid XIII 1946/47. Cerámica excisa tenemos: en El Redal (Logroño), el Molino en Numancia, Quintanas de Gormaz (Soria), Las Cogotas (Avila), Sendim y Sabroso en el Duero portugués, Areneros del Manzanares junto a Madrid, puente largo del Jarama en Aranjuez, Calatayud, Estiche (Huesca), El Roquizal del Rullo y Chiprana (Teruel), Mazaleón (idem). J. Uría la ha señalado en Coaña (Asturias) *Arch. esp. de Arqueol.*, XV 1942 p. 345. "Los hallazgos no pasan del sur del Tajo, ni alcanzan la costa levantina" resume Carriazo *HE* p. 814. Por otras razones cree Almagro *Amp.* II p. 143 que europeos dominan en Galicia, León y Asturias ya en los finales del bronce. Elementos indoeuropeos se hallan desde luego en los nombres y cultura de los cántabros y astures (v. Schulten en su libro *Los cántabros y astures y su guerra con Roma* p. 49 ss. y 92 s.) Como zonas montañosas y alejadas, no cabe duda que estos indoeuropeos pertenecen a las capas más viejas, empujadas por los nuevos invasores. Lo mismo podemos considerar de los más viejos a los indoeuropeos de la serranía central que entran en la composición de vettones y carpetanos, y sin duda lo son los pelendones, oprimidos por los arevacos y liberados de estos, según parece, por la destrucción de Numancia (Taracena *Carta arqueológica de España, Soria, Madrid 1941*, p. 14 s. y 17). Para la caracterización de la cultura del noroeste de la Península, de rasgos evidentemente indoeuropeos, pero sobrepuestos a culturas viejas que se perciben transparentes debajo, v. J. de Carvalho "A cultura castreja" *Revista Occidente* nº 99, julio 1946.

Este conjunto es por lo demás muy complejo, y no nos atreveríamos a analizarlo ya, por sentirnos profanos en la materia. Las *palstaves* o hachas de talón de Galicia y Norte de Portugal apuntan (Pericot *Hª* p. 214 y 232 s.) relaciones con un mundo atlántico, que si no son ya indoeuropeas, preludian las de pueblos de esta stirpe. La ruta marítima no está desde luego excluída (17).

(17) En favor de ella para los galaicos, que habían pasado por el suroeste de la Península, se pronuncia desde luego Gómez-Moreno. Los lingüistas aún tienen mucho que hacer en la discriminación de las ca-

Los arqueólogos llegan cada vez más resueltamente a establecer una invasión de la Península desde el norte ya en épocas anteriores a las canónicamente admitidas. “La cultura occidental del final del bronce es de origen centroeuropeo, y los modelos del Rin al Occidente forman un mundo todavía no bien conocido, pero de grandes afinidades” dice Almagro *Amp.* II p. 112; lo que este investigador todavía no se resuelve a hacer es a admitir diferentes invasiones, ni, demasiado preocupado por la baja cronología que atribuye al hallazgo de Huelva, una cronología muy alta para las primeras. Otra vez recogeremos sobre este punto las meditaciones de Pericot (*H^o* p. 250): “Resulta difícil de explicar la abundancia de elementos renanos arcaicos en el centro de España, elementos que parecen datar por lo menos del siglo VIII [en esta baja cronología percibimos la influencia de Almagro, pero Pericot admite en su *H^o* en este pasaje y p. 237 una invasión antes del fin de la edad de bronce]. Dado que esta cultura hallstättica central es independiente de la de los campos de urnas catalanes... mientras las formas de los vasos muestran influencias de Lausitz, cabe suponer varias invasiones de la primera época [que es lo que consideramos imprescindible] o [transigiendo con la tesis de Bosch] que en la invasión posterior vinieron todavía gentes del Rin que conservaban sus propias técnicas arcaicas, como la de la cerámica excisa”.

Santa Olalla *Esq.* p. 154 habla terminantemente de una primera oleada indoeuropea hacia el año 1000, “que se ve intensamente renovada hacia el año 850”. Precisamente alrededor de esta fecha “llega la oleada máxima indoeuropea con la edad de bronce de los túmulos, mezclada ya con algunos elementos de las urnas”.

pas de invasores indoeuropeos. El material es inmenso, y la cosecha sería opima. Pokorny, como criterio metódico, se basa en la estratificación de los indoeuropeos en España para deducir la de Gran Bretaña e Irlanda (v. *Essays and Studies pres. to E. Mac Néil*, Dublín 1940, p. 239).

V.

EL HIERRO

Realmente, a partir de nuestro citado trabajo sobre la difusión de las organizaciones gentilicias indoeuropeas en España, podemos afirmar que las zonas ocupadas por esta invasión procelta con carácter definitivo y dominante, son las que, más o menos recubiertas por las oleadas posteriores, constituyen la España indoeuropea. No quiere esto decir que falten los indoeuropeos fuera de los límites de esta zona, pero allí no predominan del todo, ni imponen su lengua ni su organización social. Rastros de ellos quedan en la toponimia como en la cultura material, y así han sido señalados en Cataluña, en Aragón, en el sur de Portugal, en la Sierra Morena, en las serranías andaluzas. Pero en definitiva, los indoeuropeos que penetran en estas zonas, o son absorbidos por la población anterior, o simplemente rechazados a rincones montañosos donde no dejan rastro apreciable.

Con esta idea quedamos tan distantes de los que menosprecian la invasión indoeuropea como de los que en una reacción demasiado violenta niegan la existencia misma de cultura ibérica. Entre los primeros, Bosch ha llamado en su *Etnología* p. 3 "mer episodi" a los celtas, mientras que no sin contradecirse afirma en otra parte (p. 100 del mismo libro): "La invasió celtica esborrà a la major part de la Península el rastre de la població indígena. Per aixó esdevé molt difícil d'estudiar - la sota els celtes històrics. Degué, però, restar-hi latent i a la fi predominar sobre la població posterior". También representa la general opinión sobre la debilidad de los indoeuropeos en España el siguiente texto de Hawkes *Foundations* p. 369 sobre los celtas: "in Spain, as in Italy, they were never more than a vigorous minority in an essentially alien land". Almagro y Santa-Olalla aparecen por el contrario como enemigos apasionados de toda persistencia de cultura y personalidad indígena (v. respectivamente *Intr.* p. 420 y *Esq.* p. 160 s.).

Por lo demás, los problemas múltiples que significa la aparición de los indoeuropeos en España han llegado a un mo-

mento de madurez en el que sólo la estrecha colaboración y discusión entre arqueólogos, antropólogos y lingüistas puede traer soluciones seguras.

Haciendo caso omiso de esta más antigua llegada de indoeuropeos a la Península, que creemos indudable, Bosch señala (especialmente en su monografía *Two Celtic waves in Spain*, British Academy, 1942, que extracta en *Form.* p. 123 ss.) una primera invasión de celtas de los campos de urnas, que parten de la Alemania meridional, a consecuencia de la presión que sobre ellos ejercen los ilirios de la cultura de Lausitz. Por el valle del Ródano llegan a Cataluña (Verdú, Salaridú, Besalú; Berdún y Navardún en Huesca), esta teoría de Bosch encaja, aunque no como primera invasión, en el cuadro que pretendemos componer, y confirma muy favorablemente nuestra diferenciación de zonas donde los indoeuropeos predominan y zonas donde son borrados, el que señale que esta penetración, hacia el año 650, es absorbida por una reacción de los iberos (*ibid.* p. 124). Lo que parece seguro, y por una parte Gómez Moreno ⁽¹⁸⁾ y por otra Pokorny y Menéndez Pidal ⁽¹⁹⁾ lo han postulado así, es que hubo antes una primera invasión la cual Bosch en su concepción confunde con las dos que él supone. Taracena y Vázquez de Parga recientemente ⁽²⁰⁾ han tomado en consideración las construcciones de arqueólogos y lingüistas, y distinguen en las invasiones indoeuropeas al menos tres momentos: el más antiguo, caracterizado por la cerámica excisa; otro posterior (*Excavaciones en Navarra* I p. 23-25), representado en Arguedas, Javier, Echauri (*ibid.* p. 65), por "gentes de todavía [para estos arqueólogos] impreciso

(18) *La novela de España* p. 397. *Homenaje a Menéndez Pidal* III p. 478.

(19) Respectivamente en *Zeitschrift für Celtische Philologie* 20-1936 y 21-1938, *Mélanges Pedersen*, *Mélanges Boisacq*, *Essays and Studies* pres. to E. Mac Néil; y en *Zeitschrift für Romanische Philologie* 59-1939, *Ampurias* 2-1940 p. 3 ss.

(20) *Excavaciones en Navarra* I, Pamplona 1947, p. 28 ss. (*Príncipe de Viana* IV, num. XI). Véase también Taracena y F. de Avilés la *Memoria sobre las excavaciones del castro de Navárniz*, Junta de Cultura de la Diputación de Vizcaya. Bilbao 1945.

estrato étnico" sobre los que se asientan, parece que según la interpretación de Taracena-Vázquez de Parga en dos oleadas, primero los pelendones y bebrices, y luego los arevacos y vacceos.

La distinción del primer momento, reconociendo que la entrada de la cerámica excisa tiene lugar por el Pirineo oriental, es una concesión sin duda a Bosch. Pero en realidad, la cronología no es del todo clara todavía para los arqueólogos, y encontramos la afirmación más prudente entre ellos en Pericot *Hª* p. 237 s. cuando dice que "reconozcamos por anticipado que no faltan los indicios de influencias europeas que pueden indicar a lo largo de esta edad [de bronce] la llegada de grupos de población... Desde mediada la edad de bronce [España] aparece cada vez más ligada con gentes y culturas de más allá de los Pirineos".

El intento de Bosch, al distinguir dos oleadas célticas, contiene indudablemente, junto a distinciones acertadas, confusiones. La que Bosch llama "segunda oleada" (*Form.* p. 125 ss.) llega a España hacia 650, pero él cree posible caracterizarla por la cerámica excisa, evidentemente más antigua, y atribuye a esta pueblos que como los pelendones, por su nombre no pueden ser célticos (cf. Pokorny *Zeitschrift f. Celt. Philol.* 21 p. 150). En las "Adiciones" a su citada obra, el propio Bosch vacila, al corregir la fecha de entrada de esta invasión, y en otro lugar (*Form.* p. 340), al reconocer que la cerámica excisa es un "elemento muy antiguo de la cultura de los túmulos o iliria". Estrechamente relacionada con esta serie de pueblos, coloca también Bosch dentro de la "segunda oleada" un grupo que se dirige hacia el oeste de la Península. La cultura II de Las Cogotas y los verracos vettones pertenecerían a este pueblo, arrinconado por un tercer grupo de la segunda oleada, el de los "belgas", los cuales, sí, traen los elementos más modernos entre los invasores hallstáticos a la Península. Pertenecen a estos, suessiones y autrigones, arevacos y vacceos, otros elementos que según Bosch se filtran entre los cántabros, como los veliocasses, y por último los tittos y bellos en Celtiberia.

Se percibe en este extracto que hacemos, que lo que Bosch llama "segunda oleada" es algo enormemente complejo,

en lo que indudablemente habrá que reconocer una estratificación múltiple. Mas, a medida que vamos penetrando en una seguridad mayor acerca de la prehistoria de las invasiones indoeuropeas en las penínsulas meridionales de Europa, la imagen se va complicando, y en el fondo no se diferencia mucho el caso de España del de Italia o los Balkanes. Sólo que como más alejada, la Península recibe los elementos indoeuropeos más tarde, y no predominan sino en el cuarto nordoccidental. Sólo en él la población indígena es alterada profundamente por la llegada de los indoeuropeos, y aun allí conservan su personalidad al menos en parte. Así ha podido señalar Cabré (en Pericot *H^o* p. 211) elementos argáricos aún en Las Cogotas.

Después de los pueblos de la "segunda oleada", es decir, sin duda, de los del tercer grupo de esta oleada, sobreviene una época de aislamiento, lo que los arqueólogos saben muy bien, cuando consideran que la evolución del hierro peninsular es posthallstática, es decir, una evolución autónoma de los viejos tipos, sin que penetre la cultura de La Tène. Por eso, tenemos que mantenernos con gran reserva, de acuerdo con los prehistoriadores todos (v. p. ej. Pericot *H^o* p. 360, Gómez-Moreno, Almagro), frente a las afirmaciones en favor de una última invasión de indoeuropeos ya en época muy baja, y de la que por lo demás no hay ningún recuerdo en los textos clásicos: oponemos, pues, provisionalmente, y mientras los arqueólogos no nos señalen nada conciliable, objeciones a la hipótesis de Pokorny *Essays* . . . *Mac Neill* p. 240 y de Santa-Olalla *Esq.* p. 163 s., favorable a una entrada de elementos célticos británicos semejantes a los galos, hacia el siglo IV o III ⁽²¹⁾.

Pero lo que resulta evidentemente es la presencia de los indoeuropeos en todo el noroeste de la Península, y las afirmaciones de los arqueólogos, que se negaban a reconocer el absoluto predominio de ellos en las cuencas del Duero y el Tajo, en toda la costa cantábrica al oeste del Nervión, y en la Celtiberia, han de ser rebajadas. Después de que ha sido mostrada una

(21) Realmente, insignificante resultaba ya esta tardía invasión céltica en España tal como lo concebía C. Julián *Hist. de la Gaule* I p. 304 ss.

declinación plenamente céltica en las monedas de Celtiberia ⁽²²⁾, y de que la toponimia muestra diversas capas indoeuropeas, y ciertas palabras de las tradicionalmente consideradas "ibéricas" como *páramo* ⁽²³⁾ queda demostrado que son indoeuropeas, y precisamente preceltas, ya no se puede afirmar lo que hallamos todavía una vez más en Pericot *H^a* p. 264 sobre los celtas: "se hallaban lejos de sus focos, vinieron en menor número y sobre todo se encontraron con una población indígena numerosa y en parte civilizada, que parcialmente les absorbió, hasta el punto de que nada se ha conservado de su lengua". Sin embargo, al claro criterio de este historiador no se le ha ocultado la realidad, cuando no obstante recoger del modo que vemos la opinión tradicional, escribe a continuación: "Pero su impronta ha sido acaso más fuerte de lo que las apariencias permiten suponer y de lo que haría creer el predominio del uso de la denominación de ibérico".

Un episodio importante de la penetración de indoeuropeos en zonas donde en definitiva no predominan es lo que podemos rastrear de su paso por el país vasco. Las excavaciones de Taracena y sus colaboradores han mostrado que no sólo atraviesan los indoeuropeos por Navarra y Vizcaya, sino que incluso perduran allí, precisamente en zonas de paso o en las tierras más meridionales, donde luego la romanización fué más fácil que en las montañas. El vasco muestra también como huellas de este paso préstamos, una porción de fósiles lingüísticos que nos llevan a los años 1000 a 500 a. C., los cuales va llegando el momento de distinguir en dos capas, la precelta y la céltica ⁽²⁴⁾. Hasta ahora hemos intentado hacer una lista de celtismos, pero aún queda en este campo mucho por hacer. Que el nombre mismo de los vascos sea indoeuropeo, como parece hay que deducir de una moneda con caracteres ibéricos en los

(22) V. mis trabajos en el *Bol. de la R. Acad. Española* 25-1946 p. 13 ss. y *Eranos* 45-1947 p. 81 ss.

(23) Pokorny *Essays Mac Néil* p. 239 lo ha comparado con ser. *paramá* "altísimo", y no es céltico, pues conserva la *p* inicial.

(24) Así Uhlenbek *Lingua* I p. 62, hablando resueltamente de ilirios y celtas. En análogo sentido, mi conferencia de San Sebastián antes citada.

que se lee *ba(r)scunes* ⁽²⁵⁾ y que elementos indoeuropeos se señalen en el país vasco de la manera que hemos dicho, no obliga forzosamente a plantear las cosas como Caro Baroja en su reciente trabajo en el *Bol. de la R. Acad. Española* 26-1947 p. 240 s.: no hace falta admitir que el país vasco se indoeuropeizara, ni que luego los vascos hubieran de correrse hacia el oeste. La influencia ibérica no va unida forzosamente a la cultura ibérica, ni la presencia de invasores indoeuropeos supone sustitución de lengua.

Tenemos entonces el problema de la conexión del vasco con el ibérico, es decir, con culturas de Levante de abolengo, seguramente, camita.

El hecho es que el vascoiberismo ha pasado una crisis muy grave, cuyo punto más alto representó el trabajo de J. Caro Baroja en *Emérita* 1942 y 1943. Caro, por razones etnológicas, pensó en relacionar el vasco precisamente con las otras culturas del norte de España: Cantabria, Asturias, Galicia. Esta concepción se reflejó en su libro *Los pueblos del Norte de la Península Ibérica*, Madrid 1943.

Sin embargo, y a pesar de la violencia con que don Julio de Urquijo criticó los acercamientos del vasco al ibero (*Bol. de la R. Soc. Vascongada* I), lo que significaba también un rudo golpe a la teoría del vasco-iberismo, ésta tiene algo de sólido, en el sentido en que Bosch y Uhlenbeck y Fouché la apoyan. Y el propio Caro en sus obras más recientes ⁽²⁶⁾ ha dado sin grandes explicaciones la vuelta, y renuncia a la relación del vasco hacia el occidente para insistir en las influencias orientales, concretamente, ibéricas, en la lengua vasca. Pero que el vasco no es ibérico sino iberizado creo haberlo probado en un caso concreto en el *Bol. R. Acad. Esp.* 25 p. 38 ss. y *Bol. R. Soc. Vasc.* II p. 51 y 150.

Creemos que se puede afirmar que la indoeuropeización de la parte noroeste de la Península es de colosal trascendencia para nuestra Historia. Con la sucesiva fijación de preceltas y

(25) *Bol. de la R. Soc. Vascongada* II 1946 p. 46 ss.

(26) Artículos en el *Bol. de la R. Acad. Española* 25-1946 y 26-1947.

celtas, se europeíza la meseta para siempre y ella se convierte en el elemento activo por excelencia en la historia de España. Es curioso que la Reconquista llega ya en el siglo X a ocupar la España europea hasta las sierras centrales, mientras que Zaragoza no es reconquistada sino medio siglo después que Toledo. También se podría decir que desde el paleolítico las dos corrientes que influyen y forman España, desde Europa y desde Africa, son constantes, y la entrada de nuevos elementos no hace sino reforzar los antiguos. Bereberes y árabes continúan la tradición almeriense, como visigodos y suevos repiten mil quinientos años más tarde la entrada de preceltas y celtas. Pero no queremos complicar nuestro trabajo con fáciles y por lo mismo problemáticas síntesis, a las que renunciamos. Lo que queríamos, recoger los problemas que se plantean como candentes en unas cuantas publicaciones, está ya hecho, y aun demasiado largamente.

ANTONIO TOVAR
UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

Post-scriptum: Han transcurrido varios meses, y habría que señalar todavía otras novedades. Especialmente el artículo del Prof. O. Menghin, en la nueva revista bonaerense *Runa*, sobre los elementos caucásicos que constituyen el fondo "mediterráneo" y entran en lo ibérico y en lo vasco, representa una aportación original que obligará a revisar mucho lo que se iba considerando seguro.